

Desirée Vila Bargiela

Lo único
incurable
son las

GANAS
de
VIVIR

,



Desirée Vila Bargiela
Lo único
incurable
son las
GANAS
de
VIVIR

Epílogo de Almudena Cid

,

© Desirée Vila Bargiela, 2018

Autora representada por Silvia Bastos, S. L., Agencia Literaria

© Del epílogo: Almudena Cid, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Temas de Hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona (España)

Diseño de cubierta: © Planeta Arte & Diseño

Fotografía de cubierta: © Nines Mínguez

Fotografías de interior: cortesía de la autora

Preimpresión: M. T. Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 7.682-2018

ISBN: 978-84-9998-666-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Impreso en España / *Printed in Spain*

Impresión y encuadernación: Cayfosa, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Índice

Prefacio	9
Capítulo 1	
<i>Las oportunidades bailan con aquellos que ya están en la pista de baile</i>	13
Capítulo 2	
<i>Hagas lo que hagas, haz que merezca la pena</i>	33
Capítulo 3	
<i>No pienso mirar atrás porque ayer era una persona distinta</i>	59
Capítulo 4	
<i>No sabemos lo fuertes que somos hasta que ser fuerte es la única opción</i>	73
Capítulo 5	
<i>Ya que no podemos cambiar la realidad, cambiemos los ojos con que vemos la realidad</i>	91

Capítulo 6

*La vida es 10% lo que te sucede y 90% cómo
respondes a lo que te sucede 117*

Capítulo 7

A veces está bien no estar bien 137

Capítulo 8

Las cosas positivas le ocurren a la gente positiva .. 167

Coda

Lo único incurable son las ganas de vivir 209

Epílogo, por Almudena Cid 215

Agradecimientos 219

CAPÍTULO 1

Las oportunidades bailan con aquellos que ya están en la pista de baile

(H. Jackson Brown Jr.)

Llevaba practicando gimnasia acrobática desde los trece años, lo que normalmente es muy tarde para llegar a formar parte del equipo nacional. Ese no fue mi caso; mis sueños siempre habían sido ambiciosos desde aquel primer día en el club en el que asistí a una clase de prueba y me di cuenta de que acababa de encontrar el deporte perfecto para mí. Al salir le dije a mi madre, con la camiseta empapada de sudor, que me había encantado y que quería volver. Tenía muchas ganas de aprender, y una pequeña sensación en mi interior que intuía que los grandes logros estaban por llegar.

Durante siete años había sido una pequeña bailarina en una escuela en Gondomar, un pueblecito pequeño y muy acogedor situado al sur de Galicia, en la zona llamada Rías Baixas, a treinta minutos de Portugal. Allí fue donde conocí a Laura, la compañera de baile con la que tantas tardes disfruté ensayando en la sala de danza del Colegio Viejo, aquella antigua construcción que se inundaba en los días de mucha

lluvia impidiéndonos en ocasiones ensayar. Nos hicimos amigas porque habíamos entrado en la escuela el mismo año, 2003. Nos apasionaba tanto que incluso nos habíamos apuntado en la clase de las alumnas mayores. Todos se quedaban asombrados al vernos a las dos, enanas e inseparables, entre todas las chicas de 17 años, dándoles alguna que otra lección de vez en cuando. Yo era rubita y revoltosa, y siempre llegaba tarde a los ensayos. Laura era más tímida y superpuntual, y tenía tal memoria para los pasos de baile que se aprendía siempre las coreografías la primera. Después de unos años, cuando nos habíamos proclamado las más veteranas en la escuela, competimos en un dúo a nivel nacional. A pesar de ser una escuela pequeña, la profesora nos había forzado mucho desde niñas y nos animó a participar en el campeonato. Nos preparó una coreografía de hip-hop con la canción *Love, sex and magic* de Ciara y probamos suerte en la semifinal que se disputó en León.

Sin duda, aquel fue un viaje increíble. Disfrutamos tanto de los espectáculos como de nuestra propia actuación y, a pesar de que nuestra profesora nos había aconsejado no hacernos ilusiones, teníamos la certeza de que pasaríamos a la final de Barcelona. Tras unos interminables minutos de tensión durante la ceremonia de entrega de medallas, nos dieron la noticia de que, efectivamente, estábamos en lo cierto.

Las semanas previas al gran día ensayamos con más ganas que nunca y retocamos algunos detalles del baile, hasta que por fin cogimos un avión a Cataluña con nuestros brillantes trajes naranjas y nuestras sonrisas de oreja a oreja.

No sabíamos cómo agradecer a nuestros padres, que por supuesto nos acompañaron en aquella aventura, todo el esfuerzo que estaban poniendo de su parte para que pudiéramos vivir aquella experiencia. Y, por si volver a quedar primeras no fuera suficiente, también pudimos disfrutar de una tarde en el parque de atracciones y conservar así muchísimos recuerdos felices de aquellos días que se hicieron tan cortos.

En los años siguientes tuve mi temporada de bachata y salsa con otro gran viaje, esta vez a Salamanca, para aprender de bailarines profesionales. Contemporáneo, jazz, clásico o baile moderno... cualquier estilo me asombraba. Incluso había probado el baile tradicional gallego y el baile de salón cuando era más pequeña, pero al final decidí dejar atrás aquella etapa para involucrarme en un estilo más serio y profesional: el ballet clásico. Me despedí con mucho pesar de las cuatro paredes de mi antigua escuela, llenas de fotos de mi equipo y mías en momentos que habían significado tanto para mí y, cumpliendo con la tradición de «liquidación por jubilación» (el término que empleábamos las más veteranas cuando alguna compañera de nuestra quinta se retiraba), me apunté en una escuela profesional de ballet en Vigo, la gran ciudad a veinte minutos de mi casa, para entrenar tres días a la semana.

Meses después descubrí que el ballet no me acababa de convencer. Las tardes eran monótonas; las melodías de piano que utilizábamos para hacer los diferentes ejercicios sonaban idénticas en cada clase, acompañadas del ambiente tranquilo que se respiraba en aquella amplia aula formada por una

pared-espejo, dos paredes con barras de madera y un gran ventanal en la pared del fondo, normalmente un poco abierto, desde el que se oía la lluvia caer y se podía apreciar la oscura noche de invierno y el ruido del tráfico de la ajetreada ciudad. El suelo era de madera, y a mi profesora le gustaba explicarnos que utilizaba Coca Cola para limpiarlo y lograr que no resbalara, a pesar de que para ello también disponíamos de una cajita con resina para hundir nuestras zapatillas en ella y pintar todo el suelo de blanco. Teníamos gomas para estirar los empeines, pelotas de abdominales y un gran equipo de música desde el que siempre sonaba el mismo CD con las mismas canciones que ya identificábamos con cada ejercicio: *pliés, relevés, fouettés...*

En mis primeras clases solía ponerme siempre entre dos compañeras. De esa manera podía seguir las si me perdía en mitad del ejercicio, pues memorizar las coreografías nunca había sido mi fuerte.

Cuando la profesora explicaba alguna instrucción nueva, mi mente se distraía pensando en cuán difícil me resultarían los pasos, o me preguntaba cuántos años llevaría mi profesora bailando, o me fijaba en los moños y las mallas de mis compañeras. Cualquier detalle servía para llamar mi atención. Así pues, cuando llegaba el momento de realizar el ejercicio con música, tan solo esperaba que mi compañera de delante hubiera atendido a la explicación y así poder seguirla.

Además, odiaba hacer los ejercicios hacia los dos lados. Sobre todo si me salían mal con la izquierda, porque enton-

ces con el pie derecho suponían un desastre mayor. Siempre había sido zurda para los deportes y diestra para el resto de las cosas. Cuando nos quejábamos (con la expresión de la cara, por supuesto) de que todavía faltaba el otro lado, la profesora nos replicaba: «No tienen motivo para quejarse, pues solo disponen de dos piernas para trabajar. ¡Imagínense con ocho patas, como los pulpos, y tener que trabajar y repetir cada ejercicio con cada una de ellas!». Y en eso tenía razón. E incluso puedo decir más; cuando empecé a ir al gimnasio por mi cuenta un tiempo después del accidente, me motivaba mucho el recordar aquella frase de mi profesora. Es cierto que el muñón tiene que estar fuerte para poder soportar el peso de la prótesis, que no es ni mucho menos ligera, pero en algunas máquinas en las que entrenaba mi pierna izquierda para ganar músculo y fortalecer el gemelo, incluso agradecí el no tener que repetir el ejercicio «con el otro lado». ¡No todo son desventajas!

Retomando nuestra historia, al año siguiente de empezar ballet me apunté a gimnasia acrobática en el club Flic Flac y combiné las dos disciplinas en mis horas de la tarde, dedicando el resto del tiempo al estudio y a divertirme con mis compañeros de clase. Pronto se volvió una locura tener que atender a dos actividades tan diferentes, y me fui dando cuenta de que siempre deseaba que fuera martes o jueves para ir al gimnasio a practicar la acrobática. Me apasionaba la rapidez con la que aprendía a realizar aquellos elementos que parecían tan complicados, o a perfeccionar los que ya había aprendido por mi cuenta en mis entrenamientos caseros.

Aquellas Navidades de 2012 me vi en la problemática situación de tener que participar en las dos actuaciones de fin de curso que se celebraban el mismo día. Por una parte, teníamos la actuación de ballet en el nuevo y gigante auditorio Mar de Vigo: una compleja coreografía con las puntas, aquellas zapatillas temibles que hacían que nos sangraran los dedos de los pies y que progresivamente se fueran deformando debido a la innatural posición que supone el bailar encima de unas zapatillas de estructura rígida. ¡Cuántas veces había deseado que se acabara la clase porque no aguantaba un segundo más el dolor que me causaban!

Por si fuera poco, unas horas antes de aquella exhibición de ballet disputaba mi primer campeonato como gimnasta. Se trataba de un campeonato interno que se llevaba a cabo en las propias instalaciones del Berbés, el pabellón de la zona portuaria de Vigo donde entrenaba todo el club. Competía contra mis propias compañeras realizando unos determinados ejercicios marcados por mi entrenadora y valorados por un juez de gimnasia. Sentí muchos nervios y máxima tensión al exhibir el elemento más complicado de mi nivel y que solo yo había conseguido aprender a realizar: el flic flac. Por suerte todo salió de maravilla y gané el primer puesto, aunque eso no lo pude saber hasta llegar a casa. ¡Qué pena no haber podido subir al pódium y disfrutar por unos instantes de mi primera gloria como gimnasta! Había tenido que salir corriendo nada más terminar mi pase para poder llegar a tiempo a la actuación de ballet, cuya ejecución también fue la esperada.

Una vez finalizado el curso, después de cinco meses entrenando duro para sacar el examen oficial de ballet, tuve que decidirme entre un deporte u otro. Mis entrenadores de acrobática decidieron que estaba preparada para subir de nivel, lo que supondría entrenar al menos dos horas tres días a la semana. Por otra parte, con el título de ballet aprobado, mis supervisores me animaron a que aumentara las horas de entrenamiento para poder continuar con los exámenes superiores. Sin dudarle un segundo, escogí la gimnasia como deporte definitivo para aquel 2013 que parecía querer traerme muchas alegrías.

El nuevo año dedicado completamente a la acrobática me brindó nuevos objetivos. Quería ser como las gimnastas del equipo de élite y poder lograr algún día algo parecido a lo que ellas eran capaces de hacer. Cris, mi nueva entrenadora, que casualmente era familia mía, era mucho más dura y nos las hizo pasar canutas tanto en la flexibilidad como en la preparación física. Me enseñó muchos valores durante todo el curso, como el significado del trabajo en equipo, la disciplina, el sacrificio, la competitividad y la perseverancia... y siempre se lo agradeceré. Teníamos una programación que debíamos cumplir cada día y no podíamos faltar a los entrenamientos gratuitamente. Tuve que aceptar situaciones que no me agradaron y pude notar que me afectaba mucho más todo lo relacionado con la gimnasia que con el resto de las cosas. Recuerdo estar en el instituto y desear que terminara la mañana para poder disfrutar de aquellas horas de entreno que me daban la vida. Solo hablaba de gimnasia,

solo soñaba con la gimnasia y utilizaba mi tiempo libre para practicar más gimnasia. Mi padre tuvo que preparar una zona del garaje que no se utilizaba para convertirla en una agradable sala-gimnasio que aprecié muchísimo. Por mi parte, me exigí a mí misma ser organizada con mis estudios para poder manejar el poco tiempo que tenía, centrarme únicamente en lo que era relevante para mis progresos deportivos y concienciarme en practicar unos hábitos alimenticios más saludables. La nutrición es una de las bases del éxito en el deporte y, concretamente en este, es esencial una buena alimentación para conseguir un alto rendimiento.

Todo esto hizo posible que, en el día más esperado por todos los gimnastas, el día en el que los entrenadores nos comunicaban cuales serían los equipos para la siguiente temporada, yo me llevara la sorpresa más agradable que nunca había tenido. ¡Había sido elegida para entrenar en el equipo de alto rendimiento! No daba crédito. Cris había confiado en mí, valorando mi esfuerzo y viendo el potencial que tenía y que el resto de entrenadores todavía no tenía claro. Me dieron una oportunidad para comprobar hasta qué punto mi empeño y mi dedicación brindarían buenos resultados al club. Aprendía rápido y trabajaba muy duro, y los entrenadores del equipo me propusieron un objetivo claro: disputar en el campeonato del mundo en categoría juvenil.

Esto me lleva a recordar la temporada del 2014 como la mejor de toda mi vida. La situación había cambiado radicalmente: entrenaría de lunes a viernes de 18:00 a 21:00 y todos los sábados cuatro horas por la mañana.

Entrar en el mundo de la competición fue una experiencia muy dura, llena de dificultades. Aquello suponía un gran sacrificio tanto para mí como para mi familia. Desde los siete años, mi familia y yo vivíamos a veinte minutos en coche del pabellón donde se realizaban los entrenamientos. Sin embargo, esa misma temporada el club había decidido trasladarse a unas instalaciones mucho mejores en Teis, una de las parroquias más septentrionales de Vigo. Echaríamos de menos a Enrique, el conserje que siempre nos dedicaba una sonrisa y algunas palabras amables al entrar y salir por la puerta, pero desde luego todo lo demás eran mejoras, ya que no tendríamos que montar y desmontar cada día los aparatos pesados como la cama elástica, el doble-mini o el mini-tramp, con lo que ahorraríamos mucho tiempo diario y posibles lesiones musculares.

Con todo, en mi caso aquello también significaba más tiempo de desplazamiento y, para colmo, el autobús que cogía habitualmente no llegaba ni a los alrededores. Gondomar está realmente muy mal comunicado. Al final, entre un bus y otro tardaba una hora y media en llegar al pabellón. En mi rutina de cada día, comía siempre a las prisas porque llegaba de clase a las 15:30 para salir de casa a las 16:00. Hasta la parada del bus tenía que caminar quince minutos cruzando el monte por un camino de tierra con muchas piedras. Siempre tenía miedo de lesionarme por aquel pasadizo, porque los días de lluvia (que en invierno en el norte son abundantes) se formaba un pequeño riachuelo que hacía que fuera muy arriesgado bajar, incluso prestando mucha atención a cada

movimiento. Una vez atravesado aquel peculiar bosque, empezaba la aventura de los autobuses, dependiendo del que me llevaba al centro de Vigo para no perder el siguiente, y del que me llevaba a Teis para no ser penalizada por llegar tarde al entrenamiento y tener que correr durante veinte minutos.

A veces, cuando me sentía motivada y no llovía, me atrevía a ir caminando desde el pabellón de las Traviesas hasta el de Teis. Solo me llevaba unos 45 minutos, pero llegaba cansada ya antes de empezar el duro entrenamiento.

Afortunadamente, al terminar las sesiones me recogían mis padres en coche para poder llegar a casa a las 10 de la noche, con los deberes sin hacer, todavía sin cenar y sin ducharme. A pesar de todo, uno se acostumbra. Recuerdo muchas noches saliendo de entrenar destrozada, tanto física como mentalmente, sobre todo lo segundo. Llegaba al coche dedicando a mis padres una cara larga en vez de una sonrisa y, en el camino a casa, apoyada en la ventana del asiento del copiloto, dejaba resbalar alguna lágrima. No era tristeza, sino agotamiento, cansancio, presión y el cúmulo de pensamientos que rondaban mi cabeza: «cien abdominales y cincuenta flexiones al terminar cada ejercicio», «mañana traed los lastres que vamos a calentar con lanzamientos de flexibilidad», «¡ya están aquí vuestras nuevas mallas!», «el sábado es la sesión de fotos del dossier, y recordad que el lunes os controlo el peso, no vaya a ser que os autoinvitéis a algún atracón de comida el fin de semana...». El deporte de alto rendimiento requiere un inmenso vigor interior y mucha fuerza de voluntad. Demanda trabajar siempre al máximo, tener los

cinco sentidos puestos en tu deporte y vivir por y para él. Exige olvidar todo lo demás, e incluso a veces, hasta a uno mismo.

Me tuve que acostumbrar a estudiar en los buses y quedarme hasta tarde repasando para los exámenes. Los fines de semana aprovechaba para adelantar el trabajo de la semana siguiente y estudiar, y eso me quitaba tiempo para la vida social; cuando mis amigos quedaban o se iban de fiesta, yo tenía que hacer los deberes que no podía hacer durante los días de clase.

A pesar de todo conseguía sacar buenas notas gracias a una buena organización, pues yo siempre pienso que cuanto menos tiempo se tiene, mejor se distribuye. No podía faltar a entrenar por exámenes a menos que realmente necesitara la tarde libre para estudiar. Sin embargo, he comprobado con mi propia experiencia que eran esos días, en los que tenía toda la tarde libre, los que menos rendía. Como sabía que disponía de mucho tiempo por delante me ponía con cualquier otra cosa, y cuando me daba cuenta eran las siete de la tarde y todavía no había empezado con los deberes. Además, la gimnasia acrobática es un deporte de equipos, y el hecho de faltar a entrenar perjudicaba a mis compañeras porque no podían hacer prácticamente ninguna figura y por lo tanto no explotaban el entrenamiento al máximo.

Lo cierto es que aquel año llegó con muchos cambios. Antes de comprometerme con el club y con mi equipo, mi madre me había hecho firmar una especie de «contrato familiar». Me dejaría llevar aquel ritmo de entrenamiento con las siguientes condiciones:

- No estresarme.
- Seguir sacando buenas notas.
- Valorar el esfuerzo que aquello suponía para mis padres.
- Comportarme, respetar a mi familia y tener una buena actitud.

Todo esto junto a la obligatoria limpieza general de los sábados y la inevitable asistencia a las casi semanales comidas familiares que tanto odiaba. El motivo que justifica este hecho es el siguiente: al haber sido la primera hija de una de las cuatro hermanas que componen mi familia materna, un bebé no deseado pero muy querido, resulta lógico que el resto de mis primos, que tenían entre dos y nueve años, no fueran mi mayor entretenimiento en estas reuniones familiares. Tampoco tenía el derecho a unirme a la «mesa de los mayores» y discutir temas políticos, económicos o de fútbol que ni me interesaban ni me importaban. Por lo que, con toda razón, esperaba a que a las siete de la tarde mi familia decidiera dar por terminada la conversación y me quejaba en el coche de camino a casa.

Aquello traía problemas día sí y día también. Siempre he tenido un carácter peculiar, soy cabezota y rechistona, también bastante egoísta. Me gustaba ser el centro de atención y que todo lo que se hiciera, se hiciera por y para mí. Si algo no me convencía, simplemente lo rechazaba y exigía no hacerlo más, como era el caso de las comidas familiares. Tuve que soportarlas hasta que me fui a estudiar a Inglaterra, donde simplemente no podía cogerme un avión a Galicia cada dos fines de semana. Es un hecho.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que aún no había superado la edad del pavo, que los estudios ya se empezaban a complicar (aunque, ahora que lo pienso, ¿qué es cuarto de la ESO comparado con bachillerato o con la universidad?) y que recientemente la situación en mi casa había cambiado rotundamente desde que mi abuela materna se había venido a vivir con nosotras y mis padres se habían separado.

Todo esto sumado a la presión de los entrenamientos, que eran cada vez más duros, conseguía que mi comportamiento como hija adolescente no fuera ni mucho menos brillante.

Una anécdota bastante peculiar, ahora que la analizo en frío, me hizo darme cuenta de hasta qué punto podía llegar a influir en mi comportamiento mi estupidez de joven estresada y agobiada por el acelerado ritmo de una vida que ella misma había elegido. A mí, que no me gustan los animales, no me había hecho mucha gracia la situación que me encontré al llegar de clase el día en que mi madre había traído un perro a casa como regalo para mi hermana. Me enfadé muchísimo durante la comida y mi madre me castigó sin ir a entrenar; ella sabía que era lo que más me fastidiaba y así aprendería la lección para la próxima. Se había ido a trabajar y yo me había quedado llorando en la cocina, atravesando una crisis de berrinche y angustia. En parte estaba preocupada porque sabía que mi entrenadora, Jael, se enfadaría mucho por haber faltado, y que mis compañeras tendrían que entrenar sin mí. Se me ocurrió la brillante idea de escaparme de casa para ir de todas formas, así que cogí el autobús como

de costumbre. Sin embargo, ya de camino y después de reflexionar un poco sobre lo que había pasado y darme cuenta de que con eso solo conseguiría que mi madre se enfadara todavía más, me arrepentí. Me lo pensé dos veces y muy acertadamente cogí el bus de vuelta y me quedé estudiando toda la tarde.

Pasado el otoño, el invierno y la primavera, un entreno detrás de otro, al terminar el verano di por finalizada mi temporada acrobática más emocionante para abrir paso a mi última etapa como gimnasta. Desde luego, un año lleno de sorpresas.

Las Navidades del 2014 fueron las más especiales de toda mi vida. Mis compañeras de trío y yo habíamos sido seleccionadas para trabajar en un circo con dos espectáculos por día durante diciembre y enero. El circo estaba instalado en Coia, en el centro de Vigo, y sin duda resultó ser una de las mejores experiencias que me ha dado la gimnasia. Por un lado, ¡se trataba de mi primer sueldo! Y, a pesar de que el dinero estaría destinado a cubrir el coste del posible campeonato europeo para el que entrenábamos aquella temporada, la idea de aportar esa ayuda a mi familia me llenaba de orgullo y me hacía muchísima ilusión. Fueron unas semanas duras, y no porque el trabajo nos exigiera demasiado esfuerzo o muchas horas de nuestras pequeñas vacaciones; el sacrificio de tener que renunciar al tiempo libre o a las quedadas con los amigos durante las fiestas era algo a lo que nosotras, como gimnastas, ya estábamos habituadas. Me perdí la última semana de clase antes de las vacaciones, incluyendo

la entrega de notas y varias excursiones. Sin embargo, la buena combinación de horarios me había permitido disfrutar de una hora de patinaje sobre hielo con mis compañeros de clase, ya que la pista se encontraba muy cerca del circo. El descanso entre un pase y el siguiente me permitió una escapada exprés para exhibir mis dotes como patinadora, e hizo posible que cogiera la mano, aunque fuera para tratar de evitar sus caídas, del que más tarde se convertiría en mi príncipe azul.

Durante los días de receso escolar, el grupo de alto rendimiento continúa los entrenamientos. Eso significaba que nosotras, además de los dos pases diarios en el circo, teníamos que hacer ejercicios de preparación física para no perder la forma ni el ritmo. Salíamos a correr alrededor de las instalaciones en el intermedio entre las dos sesiones, y trabajábamos las figuras y la flexibilidad en los descansos de cada actuación. Teníamos unos compañeros de trabajo rumanos que siempre nos ayudaban a practicar la figura de la banana en plancha: una pirámide en la que la una de las gimnastas, la portora intermedia, se coloca en una posición totalmente horizontal, levantada por la otra portora, y con la tercera gimnasta, el ágil, realizando el balance apoyado en las rodillas. Al tener que interpretar el papel de portora intermedia, pasaba mucho miedo teniendo que aguantar una posición que requería mucha fuerza abdominal a 2 metros del suelo. Sin embargo, los seis hombres que formaban el grupo de acrobacias en trampolín nos transmitían mucha seguridad porque estaban acostumbrados a recoger desde grandes alturas a las dos mujeres que trabajaban con ellos. Al final, después de muchos in-

tentos y gracias a la ayuda de nuestros nuevos amigos, conseguimos que nos saliera la figura que teníamos pensado llevar a los campeonatos que pronto disputaríamos. ¡Estábamos trabajando muy duro para ello!

Para poder dedicar el tiempo al trabajo en el circo había renunciado a las prácticas del curso de entrenadora de acrobática. Había aprobado la parte teórica aquel mismo verano, con el objetivo de poder sacar el título y ejercer como entrenadora en algún futuro no muy lejano. Muy a mi pesar, cuando me di cuenta de que la parte práctica coincidía con las fechas del trabajo, tuve que decidir a qué dedicaría mi tiempo. Una vez más, la decisión fue la correcta. Tuve la oportunidad de terminar la parte práctica del curso el verano siguiente, sin embargo la experiencia del circo no la habría podido disfrutar en ninguna otra ocasión.

Siempre que paso por el lugar donde estaba instalado el circo, vienen a mí unos recuerdos preciosos. Tengo en mi memoria la imagen de mi hermana ofreciéndome un táper que había preparado ella misma para que pudiera comer por el camino, ya que no pasaba ningún autobús hacia Vigo a las dos, por lo que tenía que coger siempre el de la una. Me encantaba ir paseando desde la parada hasta Coia y recoger por el camino a Candela, que había sido mi ágil la temporada anterior y también participaba haciendo un solo de flexibilidad. Las cuatro nos reuníamos en un supermercado cercano, concretamente en la zona de jamones, nuestro llamado «punto de encuentro», donde parábamos a comprar frutos secos en la zona a granel. Todavía me acuerdo del olor a

palomitas del circo y de los días en los que nos había tocado calentar en el suelo mojado porque la carpa había filtrado agua de la lluvia de la noche anterior. Recuerdo las caídas, nuestras expresiones inventadas como «chungopastel», la gomina en el pelo día sí y día también, la actuación que tuvimos que improvisar con Candela porque nuestra ágil se había lesionado... Los aplausos y el cariño de la gente y de nuestros padres desde la grada, mirándonos orgullosos, en sus asientos VIP y, desde luego, sin soltar la videocámara... ¡Que grandes momentos!

Me encantó tener que comunicarme en inglés con el resto de la *troupe* y que nos contaran sus historias sobre cómo habían aprendido aquellas increíbles habilidades y las costumbres de sus países. Cada uno nos aportó un poquito, desde las clases de maquillaje de nuestra amiga contorsionista Claudia Alegría, a los malabares de la alemana Claudi, las risas con el ratón gigante y las breves conversaciones con nuestro pequeño trapecista Enrique. Cada uno era una pieza especial de un espectáculo que estaba teniendo mucho éxito.

El problema de la aparente «buena vida» del circo llegó el primer día de enero. Empezaba un nuevo año y nosotras lo celebrábamos haciendo lo que más nos gustaba y, además, de manera especial. Sin embargo, aquel día mi compañera de trío, Nerea, y yo tan solo queríamos dormir, pues nos habíamos pasado toda la velada anterior de juerga. Mi tía me había montado una fiesta de fin de año a lo grande; ¡la mejor fiesta de fin de año de la historia!

Mi tía Tania y yo nos conocíamos desde siempre, pero teníamos una relación muy cercana desde hacía menos de un año. Ella se había ido a vivir a Suiza con mi tío Kas en 2011 por, sobre todo, cuestiones de trabajo. Habíamos estado en contacto vía Messenger durante un tiempo, pero más tarde las circunstancias familiares se complicaron y ni mi hermana ni yo no volvimos a saber de ellos hasta el día en que nació su hija Cecilia y decidieron retomar el contacto. Para entonces, yo ya me había olvidado prácticamente de Tania, pues no había tenido noticias suyas desde hacía años. Un día, en el tren de camino a mi revisión ocular anual en Santiago de Compostela, mi madre me explicó la situación y me preguntó si quería volver a hablar con ella. «Desde luego, los adultos no se deciden. Un día te tienes que olvidar de un familiar y al siguiente fingir que nada ha pasado», pensé. Empezamos a hablar por WhatsApp y todo cambió de la noche a la mañana. Empecé contándole sobre mi carrera deportiva, mis logros y mis objetivos. Se asombró al ver que había dejado el baile para introducirme en una disciplina diferente de manera profesional. Poco a poco, la seguridad que me transmitía me llevó a contarle mis secretos, mis angustias y mis miedos. Cada día la quería más. Tiene una forma de ser muy especial, y me hace sentir a gusto. Sabía que podía confiar en ella, y así se lo demostré cuando la volví a ver, después de tanto tiempo, en un breve viaje que hizo a España. También fue ahí cuando conocí a mi pequeña primita Cecilia, el bebé más sonriente del mundo. En poco tiempo mi tía y yo habíamos congeniado tan bien que hablábamos todos los días

y nos contábamos prácticamente todo. En los pocos viajes que ella hacía a España, aprovechábamos su corta estancia para disfrutar la una de la otra. Tanto había cambiado la situación que aquel mismo verano de 2014 mi hermana y yo, junto a Luis, el hijo del marido de mi tía, habíamos viajado a Suiza a pasar dos inolvidables semanas. Forjamos nuestra relación y nos prometimos que en adelante nada ni nadie volvería a separarnos. Fue especial vivir esas vacaciones con ella. Al principio, yo no estaba muy segura de marcharme tanto tiempo. Acababa de volver de un campamento de inglés de quince días al que iba todos los años para perfeccionar el idioma, pero el verano se acababa y me apetecía aprovechar al máximo las noches de fiestas de pueblo con mis amigos. Sin embargo, cuando volví de mis vacaciones con mis tíos me di cuenta de que finalmente había valido la pena perderme El Marisquiño, uno de los mejores festivales de verano que se realizan en Vigo.

Mi tía y yo nos parecemos en varios aspectos; es algo que siempre nos dice Kas. Somos divertidas, atrevidas e innovadoras, y nos encanta pasarlo bien. También somos perfeccionistas y siempre nos gusta controlarlo todo. Ella es una de las personas más importantes de mi vida. A pesar de estar tan lejos la una de la otra, la distancia nunca ha significado un problema para nosotras. Cuando por fin pudieron dejar atrás Suiza y volver a España para establecerse definitivamente en el país, yo acababa de empezar la carrera de Turismo en Inglaterra, por lo que tuvimos que continuar nuestra relación haciendo Skype de vez en cuando y a través de infinitas

llamadas telefónicas. Y por supuesto, no pasan más de dos días sin que nos enviemos un vídeo contándonos lo que hemos hecho.

Aquel diciembre pasé mucho tiempo en la casa que mis tíos tenían en España. Dormía allí muchas noches y ellos me llevaban a trabajar por las tardes. Por las mañanas, mi tía y yo cuidábamos de Cecilia y aprovechábamos para preparar en el bajo todo lo necesario para la fiesta: la compra de la comida y la bebida, la decoración, la zona de las camas... Aquella fiesta tenía tales dimensiones que incluso habíamos alquilado dos altavoces y un equipo de iluminación como el de las discotecas. Iba a ser histórico: ¡fin de año 2014! En el día previo trabajamos muy duro en equipo: preparamos un fotocol, una zona de relax con sofás y una barra, y durante la noche, volvimos a celebrar el momento de las uvas con un vídeo del año 2012 que proyectamos a las dos de la mañana. Aquel, además de increíble, fue el primer fin de año que celebraba comiendo doce uvas, pues hasta entonces siempre había tomado pistachos o Lacasitos porque las uvas no me gustaban. Como ya me consideraba una chica mayor, decidí tomarlas «para que me dieran suerte». Lo cierto es que suerte, lo que se dice suerte...